

# Poemas de Juan Radrigán

Por HERNAN DEL SOLAR

La literatura suele dar curiosas sorpresas. De cuando en cuando tiene autores sorprendentes. Y no son pocos los lectores extraordinarios. Pero no es habitual que el asombro nos venga de parte de los editores. Estos viven apegados a la tierra. Y, por lo general, a la costumbre de ganar algún dinero con misteriosos reajustes. Así se cuenta, por lo menos.

Que autores y lectores pasen temporadas en la Luna no es insólito. Podría demostrarse con una carga dinamitera de ejemplos. Pero que haya editores que se vayan a las nubes desinteresadamente en un cuento de veras incondeble. ¿Dónde está ese ejemplar inaudito? ¿Existió algún día? Aunque nadie esté dispuesto a creerlo, ese casi inimaginable editor existe. Y es chileno. Lo que ocurre es aparentemente sencillo: este raro editor juega con la literatura; Nada de extraño es ver a un escritor que juegue con ella. Tampoco es de asombrar el que un lector se construya juegos literarios. Pero que un editor viva jugando es cosa seria.

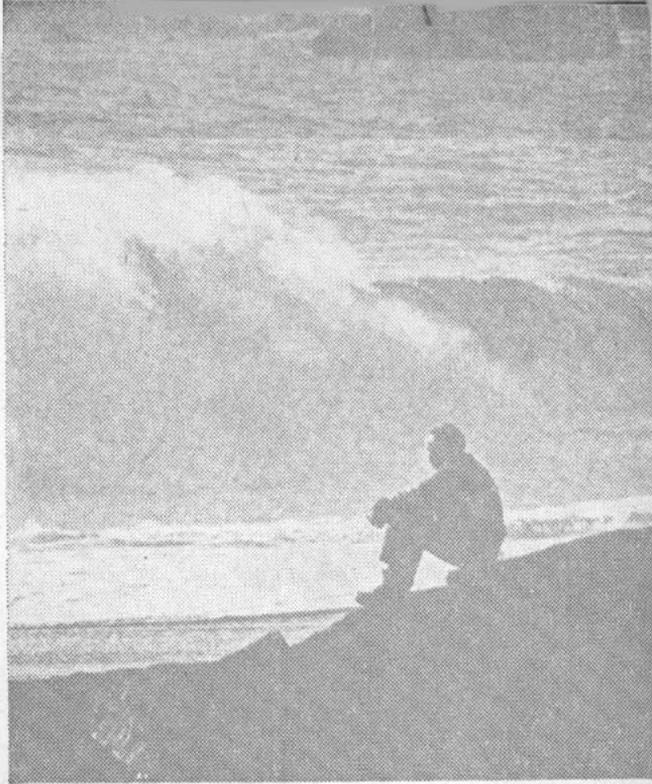
Todos sabemos que el buen juego exige seriedad. Queda excluida la trampa. Quien juega engañando es mal deportista, o mal escritor, o editor detestable. Así, pues, jugando seriamente nuestro editor acaba de publicar unos poemas de Juan Radrigán. No es la primera obra que echa al mundo. La primera se llamó: "Daniel de la Vega". Comienzan con ella los enigmas. El nombre de la editorial: "Misterio". La imprenta: "Secreto". Y el hecho es que la firma editora posee "derechos exclusivos reservados para todos los países" Las ediciones no tienen gran tirada. Esto lo anunciamos a modo de advertencia para los bibliómanos, que no tienen por qué dudar de que, andando el tiempo, cada edición será una pequeña joya bibliográfica.

Acerca de "Daniel de la Vega" ya se habló en este diario. Lo hizo Alone. No queda, por lo tanto, mucho por decir, como no sea que es una obra buena y extrañísima, donde Daniel de la Vega —amante de las ciencias ocultas— se halla rodeado de secretos ocultistas. Desde luego, porque el editor es un creyente, como Pitágoras, del poder enigmático, bello o terrible de los números. La numerología (creemos que esta ciencia existe, tenga este nombre u otro cualquiera) revela la fuerza del número en voz baja, como debe hablarse entre iniciados. Cada uno lleva en sí una apreciable reserva de vibraciones. Y ya sabemos que éstas son capaces de todo, hasta de destruir el mundo, si llega tan mal momento.

Pero no hemos dicho que el editor se oculta bajo un estrambótico seudónimo: "Demonyo" ¿Por qué? No lo hemos averiguado ni importa gran cosa. Podemos decir, con todo, que Demonyo es un hombre joven, estudioso, convencido de su suerte feliz, dispuesto a hacer el bien, leal amigo de sus amigos, fuerte y candoroso —en el mejor sentido de candor, que es limpieza— y con un sentido del humor, que no le resta un ápice al de la seriedad, cuando se trata, por ejemplo, del sentido de la vida.

Demonyo es karateca. Sabe que el vigor físico es indispensable, sobre todo en un mundo violento como el de hoy. Pero el karate no es enemigo ni de la ternura ni de la sincera amistad. Demonyo ama la vida, cree que ser un buen marido no es mala cosa, y siempre admira, donde se encuentre, la justicia y la bondad. De esta admiración ha nacido el libro que comentamos, estos breves poemas de Radrigán que tienen una curiosa historia.

Ocurre que Radrigán, empleado público o cosa parecida, tenía un cargo que le permitía vivir tranquilo. Viene una racha de suerte adversa, pierde el cargo y Radrigán, desesperado, siente que no deben morir de hambre ni él ni los suyos. En otros días había publicado un libro, que tuvo cierto éxito; el amor a los libros nunca le abandonó; llegaba el momento de ponerlo en práctica. Puso en una pequeña plaza pública un quiosco de libros usados. Llegan los compradores, vuelven, siguen viniendo, y Radrigán comienza a ganar más dinero que antes. Pero necesita comprar libros, ir y venir en su busca, y el quiosco no puede quedar abandonado. Una tarde se presenta un muchachón de buen aspecto, con cara de santo de yeso (inmejorable para que un malandrín se conquiste la confianza de un hombre bueno). Radrigán le propone al muchacho que, en vez de andar vagando



Los poemas de Juan Radrigán, de entre las paredes de la cárcel, salen transfigurados a cantar la libertad y la esperanza.

por ahí, trabaje. Llegan a un acuerdo: el muchacho quedará a cargo del quiosco cuando Radrigán ande en sus diligencias de librero. Pasan los días. Todo marcha espléndidamente. Pero el santo de yeso hace los peores milagros: va llenándose los bolsillos mientras los de Radrigán enflaquecen. La verdad, no es nada fácil hacer el bien. Lo peor: el muchacho, cuando deja el quiosco, ha robado cosas de cierto valor. Viene la policía y se lleva a Radrigán, porque la pista que se tiene parte del quiosco y hay que seguirla "hasta sus últimas consecuencias" ¿Qué hacer, al cabo de los días, en una celda estrecha? El amigo de los libros, cuando no los lee, los escribe. Radrigán escribe unos poemas. Nacen de su dura experiencia. Los conoce Demonyo, el editor, que se conmueve y los edita. Todo lo demás, si es aventura, lo es decididamente literaria. Y aquí lo que nos importa es esto, precisamente.

Los poemas, de ritmo ágil, acento puro, visión clara de la vida, se centran entre las paredes de la cárcel, recogen ahí la emoción inmediata, y salen transfigurados hacia el hombre de todas partes, a cantar la libertad y la esperanza. Uno de ellos, brevísimo, nos dice:

Con cuatro muros  
se puede perfectamente  
robar el tañido a la campana,  
el vuelo al pájaro,  
la lejanía a lo lejano;  
se puede incluso domar el ímpetu al  
viento.

Pero cuatro muros  
serán siempre cuatro puertas cuando  
haya un hombre adentro.  
Porque el hombre  
es un desierto poblado por la libertad.  
Con cuatro muros  
apenas alcanza para hacer una cruz  
o una tumba  
que no tienen ni medida.

Cierto. Pero estos cuatro muros sirvieron para contarnos que Juan Radrigán es un buen poeta. ¿Acaso pueden tener, alguna vez, mejor historia?